»contenia en los caracteres trazados sobre él era la Palabra »real proferida, no por la boca, por la naturaleza misma de su »Autor. El Verbo, en efecto, única produccion del Padre, no »es una simple enunciacion, sino una Persona substancial y »subsistente. En su propia naturaleza divina no pudo padecer »nada; pero todos los sufrimientos de su humanidad eran su»yos por apropiacion (1).»

¿No admirais como la fé cristiana, además de los títulos de su divina autoridad, es una doctrina de las mas ricas y de las mas preciosas, que se recomendaria por sí sola sin estos títulos? ¿y como, no solamente no puede hallarse la falta de razon, sino que ejerce la razon é ilumina con ella todo su dominio?

Esto aparece especialmente en la última dificultad, que resta que tratar, si nos dejamos llevar de todas los riquezas de su solucion. Consiste pues en no concebir que Dios, que es la grandeza y la naturaleza por esencia, se halla rebajado hasta nuestra condicion.

A diferencia de las dificultades de anteriores que eran dificultades de entendimiento, esta es una dificultad de dignidad y *convencimiento*.

Apreciámosla conforme á la idea que tememos de nosotros mismos; es como la medida con que apreciamos lo alto ó lo bajo de cada cosa, y estimamos en particular como inadmisible en haberse bajado la Magestad divina en Jesucristo.

Pero, antes de aplicarla á Dios como la medida de los juicios que hacemos sobre su conducta con respecto á nosotros, estamos muy seguros de que esta idea que tenemos de nosotros mismos sea exacta? ¿No hay aquí una singular peticion de principios, que llega hasta la intervencion? ¿No es una de las

(1) Concil. de Efeso, Labbe t. III, p. 1020.

cosas que mas ignoramos precisamente el lugar que ocupamos en la escala de proporcion de los seres? Evidentemente, habiéndose fijado como objeto capital de la ciencia el *Conócete á sí mismo*, la Religion por escelencia no será la que midamos por este conocimiento de nosotros mismos que nos falta, sino por el contrario, aquella por la cual midiéndonos nosotros mismos, adquiramos este conocimiento; con lo que se justificarán todos los misterios por la esplicacion del que tetemos mas interes en ver desaparecer porque nos estrecha de mas cerca, el misterio de nosotros mismos.

Pues bien, tal es Jesucristo en su Religion. El esplica al hombre, y el hombre esplicado lo prueba, por esta esplicacion misma que de el recibe.

Toda la filosofía humana atestigua la ignorancia en que se halla el hombre respecto de sí mismo. Hállase dividida, como es sabido, en dos principales sectas en las cuales entran todas las secundarias: los Estóicos, que hacian del hombre un Dios, y los Cínicos, que lo colocaban entre los brutos. Y es que efectivamente hay algo de estos dos estremos en nosotros. Pero ninguno ha podido esplicar y menos corregir su contradiccion. Sabido es el partido que sacó Pascal de este enigma, y con qué fuerza se apoderó de él para demostrar que Jesucristo es su única solucion y su único remedio. «El hombre no sabe en »qué clase colocarse. Hállase visiblemente estraviado, y siente »en sí restos de un estado feliz, de que ha caido y que no »puede recobrar. Lo busca por do quier con inquietud y sin »resultado en las tinieblas impenetrables. Es el orígen ó fuente »de los combates de los filósofos. Y lo mas estraño de todo es »que cada partido se vale de las razones del otro para fundar »sus opiniones; porque la miseria del hombre se deduce de su »grandeza y su grandeza se deduce de su miseria... Es mise»rable, puesto que lo conoce; pero es muy grande, puesto »que conoce que es miserable... ¿Qué quimera es, pues, el

»hombre? ¿Qué novedad, qué caos, qué objeto de contradic-»cion? Juez de todas las cosas, imbécil gusano; depositario de »lo verdadero, y cúmulo de incertidumbre; gloria y derecho »del universo, si se envanece, yo le rebajo; si se humilla »yo le alabo, y le contradigo siempre, hasta que comprenda »que es un monstruo de contradiccion.»

Pero este caos se desembrolla y este monstruo de contradiccion se armoniza á la luz del Cristianismo. De aquí resaltan dos verdades; la una, que hay un Dios, de que somos dignos; la otra, que hay una corrupcion en nuestra naturaleza que nos hace indignos de él. Y al mismo tiempo, que se nos da á conocer nuestro estado, se nos trae su remedio, el cual consiste propiamente en el misterio del Redentor, quien uniendo en sí las dos naturalezas, divina y humana, ha sacado á los hombres de la corrupcion del pecado, para reconciliarlos con Dios en su Persona divina.—Tal es el fondo de la apologética de Pascal.

¿Pero, y á esto queria venir á parar? ¿qué es lo que el hombre opone á este remedio? Precisamente esta contradiccion que el prefiere porque aprovecha á su orgullo.

Constitúyese una arma contra Jesucristo de su propia miseria lo mismo que de su grandeza. Y para esto, violentara la una y la otra.

Pondráse en lo mas bajo, hasta sacar su genealogía del bruto y hacerle de su raza para sustraerse á la de Dios, concluyendo que este Dios no ha podido descender hasta semejante ser. Al mismo tiempo, se arrogará la misma ciencia divina, como propia de la humanidad, de que será Jesucristo la mas elevada espresion.

Tal es la impiedad de nuestros dias bajo sus dos formas; la una positiva, que llamaré la forma Littré; la otra mística, que llamaré la forma Renan; ambas perfectamente de acuerdo en la intencion y el objeto, por muy contradictorias que sean en

el sistema; ambas formas del orgullo que se baja ó que se eleva para pasar por debajo ó por encima de la Verdad divina, que es la única que coloca al hombre en su verdadera clase y estado.

Es esta la contradiccion de los antiguos cínicos y estóicos coaligados como para mostrar que de tal modo debe el hombre á la Sabiduría encarnada el haber salido de aquella, que fuera de esta, no puede menos de recaer en la primera.

Esta coalicion no es nueva. En todos tiempos, desde el advenimiento de Jesucristo ha revestido el error sus dos formas. Las encuentro mas particularmente en los Neoplatónicos, que rechazaban la Encarnacion como indigna del hombre, á lo cual oponia San Agustin nuestra miseria; y en los Nestorianos que la rechazaban como indigna de Dios, á lo que oponia San Teodoto nuestra grandeza.

«Con mirada incierta y medio velada apercibes el objeto á »donde debes dirigirte, dice San Agustin á Jamblique; pero »la Encarnacion del Hijo de Dios, misterio de nuestra salva-»cion, que nos eleva hácia el objeto de nuestra fé donde ape-»nas alcanza nuestra inteligencia, esto es lo que no quieres »tu reconocer..... Estos sabios se ruborizan de salir de la »escuela de Platon. Los muy soberbios se desdeñan de des-»cender de la altura en que se han colocado, y de to-»mar á Dios por maestro, porque el Verbo se hizo carne y »habitó entre nosotros. Así, no les basta á estos desgraciados »encontrarse enfermos; necesitan vanagloriarse de su misma »enfermedad, y se avergüenzan del médico que podria cu-»rarlos..... Para consentir en esta verdad, necesitais humil-»dad, virtud que es tan difícil de persuadir á vuestras erguidas »frentes (1).»

(1) *Ciudad de Dios*, lib. X, cap. XIX, XXIX. Corneille ha consignado esta verdad en un verso sublime:

»Dios no se humilla á espíritus tan altos.

Traduccion de la *Imitacion*.

San Teodoto, por otra parte, lanzaba la siguiente magnífica refutacion que aclamaban todos los católicos en el concilio de Efeso, á Nestorio que oponia la grandeza de Dios como incompatible con su encarnacion humana:

«No opongas siempre los miembros de una Vírgen como »un oprobio á la Divinidad. Porque, por su naturaleza, nada »tienen que no sea digno. Si hubieran sido indignos y vergon»zosos para Dios, no los hubiera formado él mismo con sus »divinas manos; porque Dios no crea nada malo; antes por el »contrario, no crea nada que no sea escelente. Si, pues, cuan»do Dios formó los miembros de la mujer, no creiste que se »habia rebajado, ¿cómo habia de haberse lastimado su digni»dad al venir á habitarlos? No puede ser indigno de Dios habi»tar su propia obra.

»Pero insistes, y no te parece decoroso que quien habita »los cielos haya venido á aposentarse en el hombre. Juzgas de »esta suerte nuestra naturaleza, no por razon filosófica, sino »tan solo por pasion, por preocupacion. Ruégote me digas, »qué cosa mas grande, sin esceptuar el cielo, que el hombre? »No te detengas á considerar el esplendor de los elementos; no »te seduzca la elegancia de las formas y de los colores que se »ostentan en la naturaleza; no te dejes deslumbrar tampoco »por la magnificencia de los rayos del sol; no te ofusques en »fin, de que, segun la palabra de Job, haya sido yo revestido »de piel y de carne. Pero considera la escelencia de una alma »racional; contempla la constitucion moral del hombre, y en»tonces no podrás menos de admirar este ser divino. Dotado »de una inteligencia con que puede dominar y someterse á to»dos los animales, ha recibido manos que sirven á su pensa»miento, y con las que, como por medio de instrumentos, ve»rifica toda clase de maravillas. El ha sido el único, entre to»dos los animales, que ha sido instituido libre de coaccion; él »es el único que ha sido creado con voluntad libre. ¿No ves al sol

obedeciendo á la necesidad de dar su giro? ¿No observas cómo, »siempre constante y semejante á sí mismo, no cesa de rodar »en su órbita? ¿Por qué es esto? Porque no es árbitro de su »voluntad. Pero tú avanzas libre, y haces lo que quieres. No »sufres la menor coaccion; el sol es esclavo; el hombre es li»bre. No hay, pues, nada de sorprendente, ni de increible en »que haya venido Dios á habitar en el hombre, á quien formó »tan á su beneplácito á su semejanza, declarando con esto, »desde el orígen, la inclinacion que sentia hácia él.

»Es verdad que para formar su cuerpo se valió de barro; »pero hizo su alma á imágen de su divinidad. ¿Y por qué aquel »á quien debia decorar con tanto esmero fue formado con tan »vil materia? ¿Por qué no tomó del esplendor del sol la mate»ria con que debia erigir á este hombre, sino de la tierra, y »no solamente de la tierra, sino del polvo, del elemento mas »ínfimo, del que todo el mundo huella á los pies? ¿Quieres sa»ber por qué? Precisamente porque debia honrar al hombre »con su semejanza, le formó de tan vil materia, temiendo que »aquel honor tan grande exaltara demasiado su orgullo, y á fin »de que su superioridad, encontrando su equilibrio en el re»cuerdo de su baja estraccion, no se envaneciera demasiado, »y reconociera siempre que no era á su propio mérito, sino á »la munificencia de su Autor á lo que debia referir este honor »inmenso.

»Es pues el hombre un noble animal; aunque posterior»mente, sobreviniendo las pasiones, haya sido contaminado de »ignominia. Pero no le mires despues de su ofensa; aprecia su »nobleza por lo que era antes de su transgresion; y no encon»trarás tan indigno de un Dios bondadoso, que en bien de se»mejante criatura, se comunicara á ella como lo hizo (1)»

Todo esto es filosofía y elocuencia, si la hubo jamás, y

(1) *Concil. Enhes.* Labbe, t. III, pág. 1017.

muy propias para confundir esta preocupacion, cuya fuente agotó la fé, de que son viva espresion.

Así pues, ó no nos estimamos bastante, ó nos estimamos demasiado; no bastante, si consideramos nuestra grandeza nativa; y demasiado, si consideramos la miseria en que caimos. Y oponiendo á la Encarnacion divina uno y otro de estos falsos juicios, somos doblemente inconsecuentes. Por que, si somos tan grandes ¿cómo admirarse de que Dios haya venido á visitarnos?. Y si somos tan miserables ¿cómo admirarse de que haya venido á curarnos?

Esto consiste en que no queremos ser curados, y en que, á causa de un orgullo que solo es igual á nuestra corrupcion, preferimos nuestros harapos á la misma púrpura divina. No repugnamos creer que el Verbo se haya hecho carne porque se hizo carne, y la prueba está en la estraña credulidad con que el mundo pagano abrazó las fábulas del politeismo, que en cada uno de sus dioses no era otra cosa que la deificacion y el culto de la carne; sino porque no se hizo carne mas que para apartarnos de la carne, y elevarnos al culto del espíritu y en que queremos permanecer siendo carne. Hé aquí todo el secreto: es la bajeza de la corrupcion erigiéndose en soberbia.

Pero á juzgar racionalmente este gran dogma de nuestra fé, ¿qué cosa mas conforme á la idea de Dios, primeramente, que por el mismo Verbo por quien creó el mundo, se haya constituido su fin, tomándolo y elevándolo á sí en el hombre formado ya á su semejanza, y que, en su primer estado de inocencia era rey; despues, que habiéndose de esta suerte desposado en principio con la humanidad, con este fin supremo de las cosas, prosiguiendo el mismo designio, la haya seguido en su caida, y haya venido á recogerla en sí, en lo mas bajo de su miseria, por medio de un descenso inmenso, que lejos de repugnar á la idea de la grandeza divina, es su mas sublime

espresion, puesto que es el modo de proceder, á un tiempo mismo, del Amor, cuya propiedad es descender á su objeto, y del Poder, cuya propiedad es levantarlo á Si, y en fin, de la Sabiduría cuyos planes nada puede desbaratar, y que se enriquece con ellos adaptándolos á todas las dificultades.

Mas decís que este procedimiento de la Magestad divina es indigno de Dios: «Convengo en ello, contesta con valentía »Tertuliano; pero convenid tambien conmigo en que es necesa»rio al hombre y por ello, sumamente digno de Dios, puesto »que nada es mas digno de Dios que la salvacion del hom»bre (1).

»Ninguna de estas humillaciones saludables al hombre po»drá inferir injuria á Dios, decia igualmente á Nestorio San »Teodoto; porque por ella, se muestra menos pasible que cle»mente.—Pero, dices que no podrás admitir nunca los pade»cimientos humanos en Dios.—¿Quieres pues rehusarle nues»tra liberacion? ¿Cómo calificas de vil, lo que Dios abraza para »nuestra salvacion? ¿Y llamas á esto padecimientos? Lo son »efectivamente, pero en Jesucristo han sido el remedio de nues»tros males; no les llamamos padecimientos, sino remedios (2).

Resta solamente la dificultad de ser esto incomprensible. No lo negamos. Es un misterio sin fondo. Mas por ser incomprensible una cosa, puede no ser menos racional y cierta, y esto en el mismo órden natural.

Pues, si se trata como aquí del órden sobrenatural, y en este órden, de Dios mismo, no hay racional mas que lo incomprensible. «Nosotros no podemos concebir dignamente las co»sas divinas, dice Montaigne, si es que podemos concebirlas »de algun modo, y para imaginarlas dignamente, es preciso »imaginarlas imaginables.» «Cuanto menos te concibo, ¡oh »Ser infinito! dice Rousseau, mas te adoro, y el uso mas

(1) Contra Marcion, lib. II.
(2) *Concil. Ephes.*, t. III, pág 992.

»digno de mi razon, es anonadarme ante tí.» De suerte, que lejos de detenernos lo incomprensible aquí, propendiendo á lo divino, debe atraernos, y corrigiendo las palabras de Tertuliano, debemos decir: *Credo*, no *quia absurdum*, pues lo absurdo está desterrado de nuestra creencia, que no es precisamente incomprensible sino á fuerza de ser sublime, sino *quia incomprehensibile*.

Así sucede respecto de Dios en todas las comunicaciones que podemos tener con El; por consiguiente, en su Encarnacion, si es verdadera; y las objeciones que hace una razon débil á este misterio son precisamente los motivos que determinan una razon superior á abrazarlo.

«¿El Cristo, no es, pues, Dios para vosotros, dice San »Hilario, porque, eterno nace; inmutable, crece; impasible, »padece; vivo, muere, y muerto, vive, y en todas las cosas »confunde la naturaleza? Pero os ruego me digais ¿qué es todo »esto, sino sér Omnipotente, es decir Dios (1)?»

«No me preguntes ya, pues, dice San Juan Crisóstomo, »cómo se verificó esto ó cómo pudo verificarse.—Donde Dios »quiere, se doblega el órden natural; todo se coloca á su vo»luntad. Quiso, y pudo; descendió y salvó *Voluit*, *potuit*, »*descendit*, *salvavit* (2).»

El inmenso honor que hizo Dios á la humanidad hallándose justificado de esta suerte, seria preciso demostrar todavía aquí la armoniosa economía con que fué distribuido en esta misma humanidad, á los dos sexos. Para su comun vergüenza, el Mal distribuyó sobrado artificiosamente los papeles entre ellos en la Caida; debian, pues, ser igualmente distribuidos en honor suyo en la Reparacion. En la Caida, el hombre como jefe, tuvo la responsabilidad; pero la mujer habia tenido la iniciativa. De aquí aquella maldicion hereditaria del hombre contra la mujer, á la que imputaba todo el mal cuyas consecuencias sufria por haber cedido á su seduccion. Esto es lo que espresaba la teogonía antigua,

(1) *De Trinitate.*
(2) *De Divina generatione.*

al dar á Pandora, por la pluma de Hesiodo, el nombre de *Bello Mal*. En la Reparacion, por la union de Dios con la naturaleza humana, convenia que esta union se verificase de tal suerte que Dios honrara á los dos sexos para no desunirlos por medio de una suerte demasiado diferente, que hiciera creer que uno de ellos era de menos estimacion que el otro. Por eso, al tomar en su Encarnacion uno de esos sexos, el Hijo de Dios quiso tomarlo del otro, para consagrarlos á los dos, y cambiar la maldicion en bendicion, en proporcion á lo que se habia incurrido en ella. Tomó, pues, el sexo del hombre, en quien, como en su autor, habia caido la raza humana. Pero lo tomó de la mujer, por quien habia sido inducido al mal el hombre. Y para que este honor fuera propio de la mujer, lo tomó de la mujer sola, de la mujer *vírgen*. De tal suerte, que si el hombre es elevado en el Cristo, por la union hipostática, á la gloria incomparable de *Hijo de Dios*, la mujer es elevada en María á la prerogativa deslumbradora de *Madre de Dios*. Y ¡cosa admirable! así como la mujer habia tenido en Eva la iniciativa del primer consentimiento en el mal que arrastró su caida; la mujer tuvo tambien en María la iniciativa del consentimiento en el misterio de nuestra salvacion. En ambas partes, es un *fiat* de su boca lo que deshace y rehace los destinos de la humanidad; el *fiat* de la rebelion y de la concupiscencia, y el *fiat* de la humanidad y de la virginidad. Y este gran *fiat* de María no ha sido para ella sola, sino para toda la naturaleza humana, que, por falta de persona humana en el Cristo, no pudo contraer su union con él sino por medio de aquel acontecimiento de la Vírgen que fué de esta suerte como la plenipotenciaria de la salvacion universal. «Háse verificado así, dice el Angel de la Escuela, »para mostrar que es un matrimonio espiritual que quiso contraer el »Hijo de Dios con la humanidad. A este efecto, fué solicitado por la »Anunciacion el consentimiento de la Vírgen, EN EL SITIO Y LUGAR DE «TODA LA NATURALEZA HUMANA (1).»

De aquí, á través de las edades, ese culto ferviente de la VÍRGEN MADRE, como el escabel en cierto modo, por el cual llegamos al del HOMBRE DIOS y recibimos sus gracias.

Estas observaciones han sido completadas y desarrolladas en un trabajo especial sobre este gran asunto. Aquí nos hemos limitado á indicarlas en apéndice y como en bajo relieve.

(1) *Sum. Teolog. Tertia pars., quæst. XXX*, art. 1.°